

producciones de tatuajes, ese argot de la piel. Fotografías de los útiles empleados por los ladrones, los vestidos de las mujeres, etc.

La lista de los elementos que nutren la renovación perpetua del argot es infinita. Me despido del señor Emilio Chautard, obrero impresor y autor de diccionarios, miembro de la Sociedad de Historia de París y de la Isla de Francia, que democráticamente vuelve a su linotipia a componer la redacción de un párrafo de crónica, del cual hubiera podido escribir el drama para su diario en auténtico lenguaje argot.

Su obra, editada por Denoël y Steele, contribuirá con un monumento más a la literatura. Pero sobre todo, será un guía del París prohibido, del verdadero París apache, el mezclado de sangre, lágrimas, sufrimientos y prisión, el que no ven los turistas apresurados... ni los parisienses caseros y perezosos.—
ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

(Exclusivo para «Atenea». Trad. directa de N. A.)

LA VERDADERA HISTORIA DE DIANA DE POITIERS

DIANA de Poitiers nació el 31 de Diciembre de 1499. De noble ascendencia, llamábase señorita de Saint-Vallier. en razón del dominio de sus antepasados. De niña había estado al servicio de Susana de Borbón, a cuyo lado aprendió buenas maneras y practicó el latín, a la vez que cultivó su afición natural por las lecturas y por las bellas artes. A los catorce años casó con un hombre treinta años mayor que ella, feo, jorobado, si bien de alta situación en el reino; con el Senescal de Normandía, Luis de Brézé. Diana pasó a formar parte así de la Corte de Francisco I y constituyó allí un verdadero adorno. Nacida en el último suspiro del siglo XV, conservó ciertos aspectos tradicionales y tomó con alguna reserva las modalidades del nuevo siglo y del nuevo estilo de Corte implantado en Francia por el primero de los Valois.

Debido al cargo de su marido, Diana de Poitiers tuvo su residencia oficial en Rouen, en el Castillo de Bouvreuil. Aquí secundó las labores sociales del Senescal. El la adoraba y guardábale ella toda suerte de consideraciones. Por lo demás, cuando Diana apareció en la Corte, no había desenvuelto aún la esplendidez de su hermosura, ni llamaba la atención como mujer ga-

lante. En un famoso álbum de grabados de la época, debajo de cada uno de los cuales escribió el rey de su propia mano el juicio que le merecían las damas de su círculo, Francisco I estampó esta frase bajo el retrato de la Gran Senescala: «Bella para ser vista y honesta para ser frecuentada». Sin embargo, se ha dicho con insistencia que Diana tuvo amores con el futuro vencido de Pavía. Hasta Michelet lo ha afirmado, pero es error. Pudo ser así, en verdad, pero la inclinación natural de su temperamento aproximábala a la intimidad de la reina,—buena y casta,—antes bien que a la del rey galante. Diana no era todavía la gran *vedette*, afirma Jeanne d'Orliac.

El año 1531 tiene grande importancia en la vida de Diana de Poitiers y en la equivocada reputación de que ha gozado. Sorprendido su padre en un complot político, obtuvo ella el perdón regio para el señor de Saint-Vallier. Perdón interpretado a su guisa por las malas lenguas, ya que es fama de que la hija ganó dicha gracia a cambio de determinadas complacencias. Ha llegado a decirse que Francisco I aspiró entonces la flor de la virginidad de Diana. El «Journal d'un Bourgeois de París», afirma que son de ella diez y siete cartas anónimas y sin dirección que se han encontrado entre papeles viejos; cartas que pudieron ser escritas por cualquiera otra dama de la época, así como dedicadas mentalmente a cualquiera otro caballero que no al rey... A mayor abundamiento, Diana era ya madre cuando obtuvo el indulto de su progenitor. Gaillard, en su «Historia de Francisco I», coloca tales hechos en el sitio que les corresponde. Hace pensar respecto a la Senescala que su situación de esposa de uno de los funcionarios más importantes del reino, su antigua devoción por la reina y su frecuentación amistosa de la Corte, bien podían dar a Diana influencias bastantes como para salvar de la horca al señor de Saint-Vallier. Y es evidente que sí.

Hasta 1531, año en que falleció el Gran Senescal, Diana compartió la existencia de su marido sin que entre ellos surgiera la más ligera sombra, no obstante que el destino venía preparando agazapado la novela de que ella y Enrique II debían ser protagonistas. En efecto, el 31 de Marzo de 1518 había nacido el segundo vástago de Francisco I. Pero como Diana contaba ya más de diez y ocho años, era imposible imaginar el desarrollo milagroso del romance futuro; máxime cuando el propio príncipe, a causa de no ser el primogénito de los llamados «hijos de Francia», no estaba destinado a actuar algún día como rey. ¿Podía ella prever así el porvenir que la esperaba?... ¡Imposible!

En 1526 Diana de Poitiers acompañó a Luisa de Saboya,—

madre de Francisco I—, a la frontera con España, a despedir a los hijos del rey enviados prisioneros a Madrid en rescate de su padre. Enrique contaba siete años solamente y partió al extranjero bañados en lágrimas los ojos, alargando hasta el postrer momento sus débiles abrazos hacia un cuello amigo del cual costábale desprenderse: hacia Diana de Poitiers, que fué la última en besarle en nombre de las mujeres de su tierra. Cuatro años más tarde, regresaron los jóvenes príncipes a Francia, en medio de serie no interrumpida de festejos, y acompañados de la nueva reina, Eleonora de Austria. Y a pesar de que Enrique era niño todavía, el público asistente a un torneo en que los príncipes lucían los colores de su dama, comprendió la intención del entonces Duque de Orleans al lucir ostensiblemente sobre su pecho los colores de Diana de Poitiers: el negro y el blanco. Ella tomó la galantería como prueba de reconocimiento por su actitud maternal en el momento de la partida a España; pero la Corte estimó que ello constituía nueva prueba inequívoca de las pasiones que las mujeres de treinta años suelen inspirar a los muchachos. . . Como Luis de Brézé murió luego de eso, en 1531, Diana de Poitiers no alcanzó a ser infiel a su marido. Parece que ni siquiera con el pensamiento.

Y de muerto supo honrarle. Hasta hoy puede admirarse en la Catedral de Rouen la magnífica tumba alzada por Diana en homenaje al Gran Senescal. Atribuída a Jean Goujon, constituye una joya del Renacimiento. Es de mármol negro y alabastro. Y, a la derecha, queriendo indicar la eterna vigilancia de su recuerdo, está la figura doliente de la viuda, expresado todo ello en una inscripción desolada. Además, en su dominio particular de Anet, Diana erigió una estatua en honor de Luis de Brézé, fuera de que desde entonces nunca abandonó los colores de su preferencia, adaptados ahora a su duelo: el negro y el blanco, legendarios. Pero no pensó, naturalmente, en sepultarse con el difunto. Por el contrario, puede decirse que a raíz de la viudedad comenzó para ella la verdadera vida.

Empezó por firmarse Condesa de Saint-Vallier. Tenía treinta y un años. Estaba en la plenitud de su belleza y en posesión de libertad absoluta para exponer su cultura y sus talentos. ¿Trató desde entonces, como suponen algunos, de poner en práctica los planes que han de llevarla al triunfo total de sus ambiciones? . . . Por muy hábil que fuera, érale imposible prever su propio porvenir. Desde luego, repetimos, Enrique tenía un hermano mayor, futuro rey, que malquería a Diana. Enrique, a su vez, no era bienquerido por su padre, a causa de su carácter melancólico,—¡tan distinto al de Francisco I!—y a causa

de su parecido físico con la tímida Claudia de Francia. El predilecto era el primogénito, heredero del trono, así como también del nombre, y del brillo, y de las maneras del rey. Cuadro de familia era éste que tomaba caracteres de tragedia; menguada situación la de Enrique, situación que influyó en la creciente simpatía de Diana por el príncipe, a la vez que la simpatía maternal de ella atraía fuertemente a Enrique. Para que el diablo soplara no faltaba sino que el Duque de Orleans se hiciera hombre... Y llegó ese día cuando la de Poitiers era aún mujer tentadora. Puede decirse, pues, que estrecharon sus cuerpos después de haber convivido en espíritu.

¿Cuándo convirtiéndose en amor liso y llano esta amistad sentimental? ... No se sabe a ciencia cierta el año, pero existe un manojito de versos escritos por la propia Diana en 1533, en los cuales deja ver ella una pasión y la satisfacción inmensa de sentirse amada... Mas, como los romances bellos de entonces eran tronchados en flor, he aquí que comenzó a maquinarse el matrimonio de Enrique con Catalina de Médicis, sobrina del Papa. Ambos lucharon con toda su alma contra la presunta enemiga. Pudo, más, sin embargo, la razón de Estado y su único consuelo consistió en estrecharse más y más. Parecía que con la sabiduría de su amor desafiaban la ignorancia de la virgen extranjera, de la viajera que llegaba a Francia trascendiendo a olores de sacristía italiana, y terminaron por aceptar con indiferencia desdeñosa que Catalina se intercalara materialmente entre sus vidas. Materialmente, porque espiritualmente, Catalina no tenía opción alguna.

Catalina llegó a Marsella conducida por Clemente VII, en la escuadra de Andrés Doria, saludada a su arribo por descargas. La galera del Pontífice, cubierta de brocato, venía precedida de la galera capitana, que cargaba el Santo Sacramento. Clemente de Médicis fué recibido por los grandes dignatarios de la Corte y atravesó la ciudad acompañado de un respetuoso cortejo de damas y de señorones. El propio rey, Francisco I, arrodillóse a los piés de Su Santidad. El 28 de Octubre de 1534 tuvo lugar la bendición nupcial, acordada por el Papa. La misa fué oficiada por el Cardenal de Borbón y en la noche hubo banquete seguido de baile. Una mesa fué presidida por Clemente y por la reina Eleonora; otra, por el rey y por Catalina; y una tercera, por Diana, acompañada de las damas de la Corte. Como es de presumir, Diana eclipsó a Catalina, cuya belleza no era de gusto general.

Catalina entró a Francia en momentos difíciles, en plena insinuación de divisiones internas cuyo aspecto era religioso y

cuyo fondo era de carácter social. Inteligente y hábil para la intriga, ganóse la voluntad del rey y la de la Duquesa d'Estampes, favorita real de turno. La de Médicis cazaba, tiraba al blanco, y la Corte entera ponderaba la perfección de sus manos y de sus piernas. Pero comenzó desde luego su política internacionalista, si así pudiera decirse, provocando,—por reacción—, el alzamiento del nacionalismo, que tenía un poderoso porta-estandarte en Diana de Poitiers. Dentro de una lucha sin cuartel en cuanto a ideas y a sentimientos, frecuéntabanse ambas mujeres como las mejores amigas del mundo, ya que la Condesa de Saint-Vallier había sido encargada nada menos que de instruir a Catalina en los hábitos de la Corte. Esta llega a halagar a la predilecta de su marido y ninguna permite que se transparenten la sombra de un sufrimiento, ni un ribete de despecho. Admirable política la de ambas.

En 1536 murió el Delfín, de modo misterioso y audazmente interpretado a favor de la eficacia del veneno italiano... Y Diana continuó junto a Enrique, sobrevenido heredero del trono. Y aunque él, tuvo un momento de infidelidad, a consecuencias del cual nació la llamada «Diana de Francia», la favorita no se alejó. Tomó en sus brazos a la criatura rechazada por su verdadera madre y la mimó y cuidó como a las hijas de su carne. Actitud fué esta que aproximó aún más a los amantes... Enrique quiso legitimar a la niña y hacerla pasar por hija de la Condesa de Saint-Vallier. Pero ella respondió, orgullosa: «Yo había nacido para tener vástagos legítimos de Vuestra Señoría y no para sufrir la afrenta de que el Parlamento me declare concubina oficial del Delfín». Diana de Francia, fué legitimada por Enrique, pero el nombre de su madre quedó en el misterio...

En la misma época surgió un problema anexo, importantísimo, Catalina parecía estéril y se hablaba de repudiarla, de reemplazarla por otra princesa más apta para el matrimonio y sus consecuencias. ¡Por otra! ¡Qué de zozobras para los amantes... La otra, la que viniera, ¿sería tan dócil o... tan astuta? ¿Transigiría con su plaza secundaria?... Catalina, por su parte, comenzó a hacer todo género de esfuerzos para concebir, yendo de la ciencia a las oraciones, desde los talismanes a la magia, hasta que, al decir de un cronista acaso bien informado, fué de Diana de Poitiers de quién partió la receta infalible: permitió que Enrique durmiera con su mujer... En efecto, en 1542 nació Francisco y tras él, sucesivamente, vinieron al mundo, Isabel, Claudia, Carlos, Enrique, Margarita y un nuevo Francisco.

Diana no descuidaba, en el intertanto, su influencia política, orientada siempre hacia el nacionalismo, hacia el orden y la se-

riedad, sin olvidar, por cierto, sus buenas relaciones entre los humanistas: Erasmo, Postel, Campanella, Morus, eran de su tertulia. Y no cerraba los ojos, tampoco, ante los enemigos, hasta que como en 1547 murió Francisco I en Rambouillet, los enemigos de Diana cambiaron sus blasfemias en palabras de adulo. Ella había llegado a ser «la reina de la mano izquierda».

Enrique II recibió un reino deshecho en lo económico y muy agitado en lo espiritual. Fué herencia harto difícil de administrar la suya. Sin embargo, salió brillantemente del paso, ya que hasta la gloria del Renacimiento hízose tangible sobre su frente. Este rey aparece un tanto eclipsado ante la historia, por el esplendor del reinado de Francisco I. El padre fué un gran artista, mejor artista que rey. El hijo fué rey ante todo, sin descuidar el desenvolvimiento cultural suyo ni el de su pueblo.

Su primera actitud en cuanto rey dió pruebas de la independencia de su carácter. Como pidiera los ornamentos de que debía revestirse en el momento de ser consagrado y los encontrara envejecidos, ordenó la confección de otros, considerada la siguiente reforma: que el tema de los bordados fueran las dos D mayúsculas legendarias, unidas por la inicial de su propio nombre... El, el conservador, el tradicionalista, el luchador contra las libertades protestantes; él, el reaccionario ante la herencia un tanto escandalizadora de su padre, tuvo la audacia de presentarse a su pueblo ofreciendo el espectáculo de la verdad de su corazón... Era todo un hombre. Diana, sonriente, aceptó el homenaje.

Inmediatamente después de consagrado, comenzó Enrique la visita a través de las diversas provincias de su reino. Diana fué de la comitiva. Encantada con Chenonceux, a las márgenes del Loira, el dominio fuéle obsequiado por su real amante, con el Castillo anexo

En 1548, Diana pasó a ostentar el título de Duquesa de Valentinois. Casó a sus hijas con los más brillantes partidos de Francia. Era poderosa y, a pesar de ello, querida y admirada por todo el mundo. María Estuardo, que vino de Inglaterra a casarse con el futuro Francisco II, detestó a Catalina y adoró a Diana. Belley, Ronsard, Buffet, es decir, los poetas, inventaron adjetivos que aplicar a la Duquesa. Francia entera se asoció a su dilatado idilio con el rey. Y nada importa que esté próxima a los cincuenta años, ni que sea abuela; no procura engañar ni engañarse acerca de su edad y Enrique II distinguióla hasta el último momento con consideraciones tales como mujer alguna,—

reina o favorita—, haya podido alcanzar jamás. Su inteligencia planeó sobre todas circunstancias y su don de conceder fué realmente principesco. Se le conoció un solo acto de inflexibilidad: el alejamiento de la Corte a que obligó a la Duquesa d'Estampes. ¿Rencor de mujeres?... ¡No! La Duquesa había ido muy lejos, llegando a confundir sus ambiciones personales con los intereses de la Francia; más aun; sacrificando los segundos a beneficio de los primeros. ¡Era ello demasiado para un corazón tan francés y tan devoto de la reyecía como era el corazón de Diana!

A Diana de Poitiers se ha reprochado que supo enriquecerse y enriquecer a los suyos. A otras favoritas, a aquellas que salieron de los brazos reales, ora endeudadas, ora en la miseria, se les ha censurado la falta de previsión... ¿En qué quedamos?... Por lo demás, el lujo de que supo rodearse Diana fué más allá de un esplendor egoísta: compartiólo pródigamente y honró así a su rey, que fué magnífico con ella y que nunca cesó de animarla a rodearse de marco digno de ambos y de su grande amor. El castillo de Anet pasó a ser un verdadero templo de Diana. Suntuoso, todo lo más admirable que se quiera, pero ello no fué obra exclusiva del dinero. Hay que contar también con que la Duquesa de Valentinois, fué eminentemente artista; artista por instinto, por cultivo y por contagio del medio ambiente en que le tocó actuar. Y como supremo adorno de su propia residencia estuvo ella, elegante y hermosa hasta el último suspiro. Tanto, que nunca pareció ridículo el lema extraordinariamente audaz que adoptara en su juventud: «Vencedora del vencedor de todos». Jeanne d'Orliac se pregunta: «Este vencedor de todos, ¿es el rey, es el amor, es el tiempo?» Podría ser cualquiera de ellos, si no los tres reunidos.

Las cifras D y H entrelazadas han dado origen a reiterados comentarios, sobre todo porque Catalina continuó haciéndolos estampar después de la muerte de Enrique y aún después de desaparecida también Diana. Parece que la reina no quiso atribuir su verdadera intención al uso de tales iniciales y prefirió rendirse, como quien ignora el fondo de lo que hace, a una costumbre que fué tomando caracteres en ley. En el Louvre, cuya reconstrucción emprendió la favorita; en Blois, en Amboise, en Chenonceaux, en Anet, las iniciales D y H son el principal elemento decorativo, el leit-motiv que se repite y se repite, eterno testimonio de un amor que no conoció la hipocresía.

Sólo la muerte pudo poner fin a esta novela. Inmediatamente que Enrique II falleció a consecuencias de cierta herida recibida en un torneo—el 10 de Julio de 1559,—hízose sentir la venganza de Catalina sobre Diana de Poitiers. Antes aun de que

el rey expirara, la reina reclamó las alhajas de la Duquesa. Y luego quiso arrebatarle el Castillo de Chenonceaux; pero como éste había sido acordado legalmente a la favorita, Catalina no pudo obtener más allá que cambiárselo por el de Chaumont, propiedad que la reina detestaba en fuerza de los recuerdos que le traía: los misteriosos conjuros a que en él se había dedicado, secundada por Ruggieri el astrólogo y por Nostradamus, el agorero... Diana se vió obligada, pues, a ceder una de las residencias que más amaba, a decir adiós al Castillo ensoñado, que, echado como un cisne sobre el agua,—el río Cher,—recordábale las horas más intensas de su felicidad, aquellas en que recorriera los bosques, cual verdadera Diana Cazadora, dominando el arco y la flecha propios de la diosa cuyo nombre llevaba, y perseguida por otro Dios, por Enrique, Dios único de sus amores...

En el Castillo de Chenonceaux—actual propiedad del chocolatero Menier,—puede ser admirado hasta ahora el retrato que a la favorita hiciera Primatice, encarnando a la Diosa de Efeso, cuya imagen supo confundir Diana con la suya propia. Siguiendo tal tendencia, la decoración del Castillo de Anet es tomada también de la mitología y adaptada a la Duquesa de Valentinois; y de las pinturas paganas que los italianos concibieron en Fontainebleau para encantar los ojos de los príncipes del Renacimiento, consérvase en el Louvre una Diana—en la sala consagrada al siglo XVI,—en la cual el artista ha querido reproducir a la Duquesa, prestándole la elegancia de la Diosa y aun la del Apolo del Belvedere, unida a la largura de formas que daba Jean Goujon, a las figuras. De este artista es seguramente también el grupo escultórico conocido bajo el nombre de «Diene au Cerf», existente en la Sala Jean Goujon, del Louvre; grupo que proviene del Castillo de Anet; donde decoraba una fuente, y que constituye otro himno alzado a la influencia de la favorita en las artes de la época; influencia que determinó un verdadero recrudescimiento del culto a la Diosa antigua. De Jean Goujon son a su vez las tres estatuas que sirven de pedestales a la célebre escalera de Francisco I en el Castillo de Blois. Personifican la paz, la amistad y la juventud, y ya no son la confusión de la realidad con el mito, o sea, homenaje a la favorita escudado y disimulado en la renovación del culto por la Diosa, sino homenaje descarnado a la amada de Enrique II. Personalmente sirvió Diana de Poitiers de modelo para dichas estatuas.

La existencia de tales figuras en la escalera de Francisco I ha servido a algunos escritores para juzgar los hechos por el aspecto, a la ligera, y de allí han tomado pie para afirmar que Diana fué amante del padre y luego del hijo. Argumento es

éste que cae por su base si se piensa que Jean Goujon, autor de las cariátides y artista protegido, efectivamente, por Diana, nació en 1515, o sea, el mismo año en que Francisco I subió al trono. Y aunque este rey haya gobernado por espacio mayor de treinta años, Jean Goujon, no alcanzó durante el reinado de Francisco I el desenvolvimiento máximo de su genio. Tal desenvolvimiento coincidió con el auge de Diana y ambos hicieron en la misma época,—si bien por caminos diferentes,—su avance hacia la posteridad. Fué Enrique II quien encargó a Jean Goujon la glorificación de Diana, en tres de los aspectos que ella encarnaba admirablemente: paz, amistad y juventud... a la vez que la glorificación de su cuerpo.

Si el físico de Diana no fué el tipo ideal de la época, a lo menos fué el tipo idealizado. Se sabe que era morena y en las pinturas que hicieron de ella tiende a blonda. Se sabe que era metida en carnes y los escultores la han estirado las piernas hasta dejarla apta para que hubiera podido correr, efectivamente a través de los bosques... ¿Halago a su situación de favorita?... ¿A sus larguezas de Mecenas?... En parte, sí; pero, en parte no menor, resultado de la mistificación a que con su talento fué arrastrando a todo el mundo: quiso ser la resurrección o reencarnación de la Diana de Efeso, y lo logró.

Muerto Enrique II se retiró Diana de la Corte e hizo una vida retirada, dedicada a su familia y a la defensa de sus intereses. El 25 de Abril de 1566, murió, todavía hermosa, precursora de Ninon de Lenclos... Sin meditar, la posteridad la ha juzgado de reojo, como a una cortesana desvergonzada. Y no hay tai, pues fué una gran mujer, sometida a la gloria envidiable de haber inspirado y de haber sentido un amor inmenso.—
E U G E N I O L A B A R C A.

TOPICOS AMERICANISTAS

(LA CULTURA DEL PORVENIR)

¿CÓMO será en América la cultura del porvenir? ¿Qué fisonomía tendrá? ¿Cuáles serán sus principales características?

La historia no es el azar indócil a toda previsión. Se puede preveer el sentido típico de lo que sobreviene, anticipar el perfil general del próximo futuro. Por eso mediante el examen de nuestra realidad, es posible arribar a determinadas conclusiones.